

JAVIER RUESCAS

el (sin)
sentido
del amor



Javier Ruescas

El (sin)sentido del amor

www.megustaleerebooks.com

*A todos aquellos que se atreven
a querer y a ser queridos*

El color es un poder
que influencia directamente el alma

VASILY KANDINSKI

1

La noche se prestaba a ello totalmente. A ser como en las películas, quiero decir. Con una mansión llena de chicos y chicas en diferentes estados de embriaguez, la música a todo volumen, cerveza en vasos rojos de plástico o derramada sobre alfombras de lujo, y una protagonista, yo, que seguía sin entender qué demonios hacía allí. Supongo que habría que esperar un poco más para ver si terminaba como una de las frikadas que tanto me gustaba ver con Ciro o como un sangriento *slasher*.

Siempre he pensado que la amistad lleva incorporada una tanda de superpoderes que ríete tú de la posibilidad de volar o de atravesar paredes. Los que yo digo son más alucinantes. Y útiles, o peligrosos, según el lado de la balanza en el que te encuentres. Con ellos, eres capaz de sentir si le pasa algo a tu amigo, aunque estés de vacaciones en la otra punta del mundo, te permite descubrir vídeos y fotos de internet que debes compartir al instante o te ayuda a saber cuándo es más útil un abrazo que un millón de palabras.

También, como era ese el caso, te obligaba a asistir a una fiesta en la que no pintabas nada cuando tenías cero ganas.

De lo contrario, era incapaz de entender cómo me había dejado convencer para terminar en aquella casa.

Ciro tenía la culpa. Él era quien me había llamado esa misma mañana para rogarme de rodillas que lo acompañara (a través del teléfono oí cómo su madre le pegaba un grito para que dejara de hacer el idiota delante de la vitrocerámica) y prometerme que lo pasaríamos genial. Total, que aunque yo tenía ganas de quedarme en casa trasteando con la tableta gráfica, tuve que resignarme a ir. Por suerte, del mismo modo que a mí me había obligado (sin obligarme) a cruzar media ciudad, yo también había hecho lo mismo con Julia para no sentirme tan desubicada. Sin embargo, y a pesar de mis ruegos para que se diera prisa, mi acompañante (no obligada) aún tardaría un buen rato en aparecer por allí.

—Menos mal que pestañeas. Cualquiera podría confundirte con un cuerpo disecado.

Ciro apareció de entre un grupo de chicas como un mago gafapasta.

—¿Y te crees que a alguien le extrañaría? —dije señalando los excéntricos y carísimos elementos decorativos a nuestro alrededor—. En el fondo tengo miedo de perderme.

Él asintió, comprensivo.

—Antes he preguntado por el baño y he acabado en la piscina climatizada del piso de abajo. ¿Te apetece tomar algo? ¿Refresco, cerveza, champán, una copa de Henri Jayer Cros Parantoux de la cosecha del 85? —añadió, acercándome el vaso de plástico lleno de vino que sujetaba.

—Pero si tú no bebes alcohol —comenté, extrañada.

—Lo sé. Pero este es uno de los vinos más caros del mundo y lo están utilizando para hacer sangría. ¡Es un crimen! Así que he hecho lo único que estaba en mis manos: salvar una

copa y huir de allí como un refugiado de guerra. Creo que voy a regar el jardín con él mientras grito: «¡Sé libre, sé libre!». —Se recolocó las gafas y añadió—: A lo mejor crece una parra.

La carcajada que solté en ese momento fue la primera de toda la noche y me sentó fenomenal. Así era *Ciro*: por fuera, un chico alto y enclenque, de pelo moreno, gafas de pasta gruesa y jerséis cárdigans hasta en verano. Por dentro, una contradicción lógica detrás de otra, un coleccionista de datos tan fascinantes como inútiles y tan rápido con las palabras y los comentarios ingeniosos como un actor con el guión memorizado.

—Prefiero un refresco —decidí—. ¿Cuánto tiempo más tenemos que quedarnos?

—¡Pero si acabamos de llegar! ¿No iba a venir tu buena amiga *Julia*?

—*Mi buena amiga Julia* se retrasa.

—Para variar...

—¡*Ciro*! —exclamé. Ambos eran mis *comejores* amigos, y aunque apenas se conocían por ser de círculos distintos, existía entre ellos una curiosa rivalidad que a veces me encantaba y otras me ponía de los nervios—. Di, cuánto.

—No lo sé. Aún no he encontrado la historia.

—Ya estamos...

—¿Cómo que ya estamos? —Después bajó el tono de voz—. Soy un cronista, *Lana*. Para eso he venido. Vivo por y para ello. Las historias...

—... esperan que las descubras y las compartas, bla, bla, bla —conocía el discurso de memoria.

—Exacto. Y no puedo aparecer mañana en el blog sin una historia interesante de esta fiesta que compartir con mis lec-

tores. Por lo tanto, voy a seguir buscando.

—¿Y para qué me necesitas aquí?

—Apoyo moral —respondió él antes de darme un beso y esfumarse de nuevo como el gato de Cheshire. Desde la lejanía, añadió—: Mantén los ojos abiertos, ¡por si ves algo!

O sea, que encima de estar allí contra mi voluntad, me había puesto deberes. La verdad es que tener de amigo al creador de la blognovela más popular de la red era, en ocasiones, un coñazo.

En2a2 era el título que le había puesto, y para entonces contaba con varios millones de lectores fieles que esperaban cada tarde un nuevo fragmento de la novela interminable. Los protagonistas habían ido cambiando con el paso del tiempo, pero la narración seguía siendo igual de adictiva que al principio y la gente no dejaba de pedirle más y más. Lo más curioso de todo era que, probablemente, algunos de aquellos lectores habían sido la inspiración para determinados capítulos sin tan siquiera imaginarlo. Porque eso era parte del secreto de *Ciro* y del éxito de *En2a2*: se dedicaba a robar historias de la vida real y a cambiar los nombres a sus protagonistas para que nadie se diera cuenta.

Todos los días recibía decenas de e-mails de lectores entregados que incluso le pedían consejo sentimental y varias editoriales ya se habían puesto en contacto con él para publicar el texto en papel, aunque por el momento prefería seguir trabajando online.

Lo más impresionante era que lo había hecho todo sin dar su verdadero nombre. Nadie, excepto yo, sabía que el autor de todas y cada una de las entradas de la web era él. Bajo el seudónimo de Bergerac, en honor al famoso poeta francés,

enviaba y recibía los e-mails y la correspondencia, y escribía los capítulos con puntualidad británica.

Fue él quien me ofreció mi primer trabajo remunerado. No como redactora, porque además de que la escritura no es mi fuerte, suficiente tenía con vivir mi vida para estar pendiente de la de los demás, pero sí como diseñadora de la portada del libro y también de la web. El portal de *En2a2* era uno de los trabajos de los que más orgullosa me sentía, y parecía que a los lectores les encantaba.

La puerta principal de la mansión se abrió detrás de mí y me giré con la esperanza de ver aparecer por ella a Julia, pero no hubo suerte. El grupo que entró levantó en el aire las botellas de alcohol que traían y gritaron al encontrarse con sus amigos. Pasaron a mi alrededor como si yo fuera un fantasma y se perdieron en el fragor de la fiesta. Sedienta, me dirigí a la mesa principal del salón y pesqué un refresco de una fuente de hielos derretidos.

Que prestara atención, me había pedido Ciro. ¡Como si supiera quién era quién entre toda esa gente! Aquellas vidas me eran tan desconocidas como las de los personajes de una película de la que solo hubiera visto el cartel promocional. La fiesta la daba la amiga de una conocida de Ciro, y como nadie pedía nombre en la puerta, nos habíamos podido colar sin dar explicaciones ni conocer a la anfitriona siquiera.

Ansiosa, saqué el móvil para comprobar que Julia no me hubiera escrito. Nada. Y ya era casi medianoche. Como siempre que me aburría, comencé a deslizar los dedos por la pantalla táctil para dibujar ondas sobre ella, como si fuera agua. En otras circunstancias, tal vez, habría intentado integrarme en alguno de los grupúsculos que reían a carcajadas o bailaban al son de la música, o me habría paseado con Ciro para

que me presentase a gente. Pero esa noche solo tenía ánimos para esconderme en un rincón o hablar con alguien a quien no tuviera que explicarle lo desubicada que me sentía.

—¿Tú también lo habrías llamado *Red* en vez de *Blue*?

Di un respingo y me giré tan deprisa que el refresco estuvo a punto de caérseme encima.

—El fondo de pantalla de tu móvil —añadió el chico que acababa de aparecer detrás de mí—. Es de Kandinski.

—Ya lo sé —repliqué un poco a la defensiva, aún recuperándome del susto.

—Y lo tituló *Blue*.

—También lo sé.

—Y yo lo llamaría *Red*.

—Ajá —añadí, y él sonrió antes de tenderme la mano.

—Me llamo Jacobo. Jac.

—Lana —contesté yo estrechándosela.

Él me devolvió el apretón con energía, pero sin hacer daño ni apartar sus ojos de los míos. Un apretón de manual, de los que a mí me gustaban. Como si nos conociéramos de hacía tiempo. Como si quisiera que supiera que podía confiar en él a pesar de la manera tan extraña en que había comenzado nuestra conversación.

Sorprendentemente, lo había conseguido.

—Perdona por el susto —añadió—. No suelo espiar los móviles de otras personas, pero al pasar he visto tu fondo y no he podido contenerme.

Yo sonreí y volví a activar la pantalla. En ella apareció la pintura a la que hacía referencia. En diferentes gamas de azul, se veía un círculo en la esquina izquierda que a mí siempre me había parecido un planeta flotando en mitad del espacio y rodeado por su atmósfera. En el extremo opuesto,

lejos de su órbita, un diminuto punto rojo completaba el cuadro. Era uno de los trabajos del pintor Vasili Kandinski que más me gustaban y cada cierto tiempo volvía a ponérmelo de fondo de pantalla.

—¿Te gusta Kandinski o la pintura en general? —pregunté.

—La pintura en general. Y él en particular.

Yo asentí y bebí de nuevo. Era un palmo más alto que yo, y llevaba el pelo oscuro un pelín largo para mi gusto, pero con aquellas facciones le habría sentado bien hasta un rapado al cero. Nunca me había puesto nerviosa al hablar con chicos tan evidentemente guapos y no iba a permitir que fuera a ocurrirme entonces.

—Sus pinturas abstractas son mis favoritas —afirmé—. Hace unos años mi padre me llevó a una exposición suya y estuve recorriendo todas las salas hasta que cerraron.

Él se rió, y a pesar de la música que tronaba por toda la casa, lo escuché con tanta claridad como si hubiera estado pegado a mi oído.

—Creo que a mí me pasaría lo mismo. Yo solo las he visto en libros y reproducciones, pero siguen dejándome sin habla. Son como...

—Historias —sugerí, y esta vez me uní a su carcajada cuando advertí que lo habíamos dicho a la vez—. Sí, eso. Historias enredadas en un ovillo. Escoges un trazo y lo sigues mientras imaginas lo que pasa en la pintura.

Las ovaciones y los aplausos de un grupo de chicos en el jardín interrumpieron nuestra conversación. Alguien acababa de tirarse a la piscina y detrás habían ido cuatro o cinco más.

—Me parece que este no es el mejor momento para hablar de arte —comenté.

—¿Prefieres darte un chapuzón?

Formuló la pregunta de tal manera que no supe si estaba bromeando o no. De todos modos, cuando iba a responderle, alguien lo llamó desde la otra punta del salón.

—Tengo que irme —dijo tras hacer una señal con el brazo—. Espero que podamos continuar esta conversación más tarde.

—Claro —contesté, algo decepcionada ante la perspectiva de volver a quedarme sola—. Estaré por aquí un rato más —añadí un instante después de que él se hubiera marchado.

Sin estar muy segura de si me había escuchado o no, paseé por las diferentes estancias de la espectacular mansión entreteniéndome con las fotos que encontraban sobre mesas, estanterías y chimeneas. En la mayoría de ellas aparecía la misma chica morena con diferentes edades. De niña, vestida de princesa. De adolescente, sobre un caballo. De joven, rodeada de amigos en una fiesta de gala. En mitad de una playa paradisíaca. Recibiendo un premio. Saludando desde una avioneta.

No hacía falta ser muy avispada para llegar a la conclusión de que tenía que ser la anfitriona, así que intenté memorizar su cara por si me cruzaba con ella. A continuación, volví al lugar donde había conocido a Jac. Por si volvía a buscarme.

Una parte de mí se revolvía por dentro al sentirse tan ridícula. Pero la otra esperaba con los dedos cruzados a que apareciera de nuevo y pudiéramos continuar la conversación que habíamos dejado a medias. Para algo interesante que me pasaba en toda la noche...

No hubo suerte. Miré el reloj: las doce y cuarto. Esperé un poco más. Miré el reloj: las doce y media. Esperé otro poco más.

De cuando en cuando se me acercaba alguien para preguntarme si sabía dónde estaba el lavabo, si tenía algún cigarrillo o si les podía dar fuego. Por desgracia, en cuanto les contestaba que no, se marchaban sin dedicarme más tiempo.

A la una menos cuarto seguía sin saber nada de Julia. Me habría preocupado de no ser porque se había conectado hacía poco. Me planteé escribirle otra vez, pero al final me pudo el orgullo. Si ella no daba señales de vida, ¿por qué iba a tener que insistir yo?

Opté por dar una última vuelta por la casa a ver si encontraba a Jac antes de marcharme a casa definitivamente. Puesto que no había sabido negarle a Ciro la invitación, aprovecharía la velada para aprender a retirarme con dignidad.

Escuché los gritos cuando volvía de revisar el jardín. La gente se había apelotonado de improviso en el interior de la casa y se precipitaba hacia el pasillo principal. Los que acababan de salir de la piscina iban dejando un reguero de agua a su paso, pero les daba igual. Me vi arrastrada por la marea mientras algunos preguntaban qué ocurría sin que nadie supiera qué responder. En ese momento me encontré con Ciro, que se dirigía hacia el lugar de donde provenía el estruendo como los demás.

—¿Hay una pelea? —me preguntó sin apartar la mirada del frente.

—No tengo ni idea —contesté, avanzando más por los empujones que por interés.

La habitación apareció ante nosotros como un escenario y yo me puse de puntillas para ver algo sobre las cabezas que teníamos delante. En el interior, decorado como una suite de

hotel, con su cama alta, alfombra mullida y balcón abierto, había solo tres personas. Un chico, que no lograba ver bien desde mi posición, y dos chicas: una morena y otra rubia platino. La primera era la que gritaba descontrolada.

El tortazo que le propinó congeló el momento.

—¡Eres un cabrón! ¡¿Cómo has podido hacerme esto?!

La voz de ella se escuchaba perfectamente por encima de la música y de los gritos del exterior.

—¡Y encima en mi fiesta!

—¿Qué ha hecho? ¿Qué ha hecho? —preguntaba Ciro a mi lado, tomando nota como un loco en su móvil.

—¡Esto se ha acabado! ¿Me oyes? ¡Fuera de mi casa! — Los gritos continuaron—. ¡Ahora mismo! ¡No quiero volver a verte nunca más! ¡Largo! Y vosotros, ¿qué miráis?

En ese instante, la gente que teníamos delante se apartó como las aguas del mar Rojo ante Moisés y por el pasillo central cruzó como una exhalación la chica de las fotos del salón, con el rímel corrido y el llanto descontrolado. Un séquito de más de diez personas la siguió escaleras arriba. Después abandonaron el cuarto las otras dos partes implicadas en el escándalo.

A la rubia apenas tuve tiempo de verle la cara, pero cuando los ojos azules de él se cruzaron con los míos, me quedé petrificada.

—Jac... —musité.

Él se limitó a bajar la mirada y a seguir el camino con la mejilla enrojecida hasta salir de la casa.

—Cómo no, tenía que ser él... —comentó Ciro a mi lado cuando terminó de escribir.

—¿Lo conoces?

—¿A Jacobo Casanova? —Mi amigo se rió—. ¿Y quién no? Se está empezando a convertir en toda una celebridad por la cantidad de corazones rotos que deja a su paso. Pero, oye, al menos me ha dado la trama que necesitaba. Yo me voy a quedar un rato más para recoger algunos testimonios. ¿Quieres venir conmigo o...?

—Nos vemos mañana —contesté con un regusto amargo en la boca.

Le di un beso en la mejilla y, antes de que pudiera echármelo en cara, abandoné la mansión con unas ganas inmensas de meterme en la cama, dormir y olvidar aquella noche tan estúpida, ridícula y extraña.

De eso y de cambiarme el fondo de pantalla del móvil.